

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES,

Ó JUBILEO DE LA PORCIÚNCULA. (1)

Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, affigens illud cruci.

Cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, clavándola en la cruz.

(COLOS. II, 14).

Loado sea Dios, que si por suma desgracia nuestra fuimos una vez esclavos, nos vemos ahora libres, puesto que Jesucristo pagó á su Padre el precio de nuestra redencion con tanta abundancia, que no solo bastó para borrar aquel delito de que nos hicimos reos, sino para satisfacer todas las demás deudas que pudiéramos contraer nuevamente incurriendo en alguna culpa. Una vez que Jesucristo hubo vencido la muerte y aplastado el Infierno en una sola lucha, libertó de su tiranía al linaje humano, y verificáronse entónces los oráculos, con los cuales Cristo amenazó á la Muerte, de que la haría perecer: *Mors, ero mors tua*. Y hé ahí que vemos con estupor vencida la Muerte, por haber sido crucificada la sentencia misma que nos condenára al suplicio. Y Jesucristo, para mayor realce de su gloria y prez de nuestra libertad, á fin de amontonar más ignominia sobre el Infierno, no contento de borrar el escrito de nuestra deuda ya satisfecha, lo puso á la vista del Cielo, al cual es debida la gloria de la redencion; del mundo, que experimenta sus beneficios; y del Infierno, que sufre por ello la confusion y el ultraje de ser burlado en sus amaños, sorprendido en sus planes y humillado en sus fuerzas. Una redencion tan preciosa y universal podia bastar al amor inmenso del Crucifi-

(1) Véase el título: INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA: tomo VII del *Diccionario Apostólico*, 1.ª parte de este TESORO DE ORATORIA SACRADA, pág. 211.

cado; empero, para dar un golpe más decisivo y mortal al Infierno, un auxilio más poderoso á los hombres, y un ornamento más rico y bello á la Iglesia, de la sangre y agua derramada de las heridas formó un infinito y perpétuo tesoro de remision y de gracia, y diólo á la Iglesia su esposa, para que abriéndolo á nosotros, lavásemos con esta agua las manchas, ungiésemos con este bálsamo las heridas, y en nuestras debilidades y tropiezos obtuviésemos pronto el perdon y la gracia. Mas, la sangre del Redentor divino, en vez de circular y hervir en el corazon de los fieles, quedó en breve tiempo enfriada. Borrado en el Cristianismo, trás la corta vida de los primeros felices siglos el recuerdo del amor al Crucificado, no ardieron ya aquellas llagas, donde pudiesen reavivar sus llamas en el corazon de los infieles. Pero Francisco de Asís, sin segundo en el amor del Crucificado, anhelante de imitar sus padecimientos, retrata en sí mismo al vivo la humanidad doliente, haciendo ver á todo el mundo renovadas en su cuerpo las llagas del Redentor, y con el derramamiento de nueva sangre reanima en la Iglesia el extinguido fuego. Subió con el Nazareno á la Cruz; y haciendo renacer en el corazon de los hombres la ya extinguida redencion, el Crucificado resucita en Francisco; y así como las llagas del Hijo de Dios ofrecidas al Padre fueron el precio de la redencion, tambien las llagas de Francisco ofrecidas al Padre y al Hijo, obtuvieron el privilegio de indulgencia y de perdon. Este es el motivo porque en día tan señalado os lleva aquí la devocion para implorar de la misericordia divina, en virtud de los méritos del Crucificado concedidos á Francisco, plena remision de nuestros pecados. Tal es el asunto de mi discurso: imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Dos son las propiedades de las obras buenas de los fieles, inseparables la una de la otra, á saber: el mérito y la satisfaccion. Con este mérito y esta satisfaccion pagan las deudas que se suelen contraer con la divina justicia. Pero, como que nuestras obras, unas quedan mortificadas por el pecado, y otras enteramente muertas, despojados nosotros de todo mérito, nos hacemos igualmente incapaces de dar la debida satisfaccion. Siendo muy exorbitante la deuda contraída con la justicia divina, para satisfacerla, es necesario que otra persona más rica que nosotros pague la deuda; y obtenido ya de manos del acreedor el recibo que acredita nuestra deuda, nos diga: quedais en paz, y para seguridad vuestra rasgad el escrito que la atestigua y es causa de vuestros temores. Esto hizo Jesucristo por nosotros.

Habíamos contraído con la divina justicia aquella gran deuda, en que nos hizo incurrir el pecado; nuestra pobreza no tenía caudales para satisfacerla. Jesucristo la pagó por nosotros, dejándose crucificar; y con la sangre de sus llagas y los méritos de su pasión formó un tesoro riquísimo, que entregó á la Iglesia, para que distribuyéndose entre los fieles, quedasen, como con una nueva redención, absueltos de sus deudas, puesto que con ese tesoro se quita la mancha y satisface la culpa. Hé ahí el gran capital que nos legó Jesucristo; siendo imposible que se agote jamás, ni que disminuya, porque Jesucristo, á los méritos suyos, que son infinitos, añadió los méritos de la Santísima Virgen y de todos los Santos. De esta inagotable, copiosísima fuente de gracias, derivaron aquellas que llamamos sagradas indulgencias, con las cuales, satisfecha la deuda á la divina justicia, nos quedamos libres de la pena y se nos concede la gracia; y con razón puede decirnos el Señor: otros se fatigaron y vosotros os aprovechais de sus fatigas.

Nosotros gozamos la dichosa suerte de aquellos pueblos, que sin gastar sus fuerzas con el azadon, ni encallecerse sus manos en el cultivo de los campos, mientras están sentados en las orillas, pasan los ríos con furiosa corriente á rendirles tributo con sus dones. Somos todos perfumados con aquel precioso unguento que descendía de la cabeza al cuello de Aaron, y del cuello á todos los miembros. *In ora vestimenti ejus*; porque la sangre preciosa de Jesucristo, señalada como precio de nuestras culpas, se extiende profusamente por todos los miembros de la Iglesia, hasta perfumar las últimas fibras con que se adorna. Habiendo, pues, Dios puesto en poder de la Iglesia tan gran tesoro, y la Iglesia, Madre benigna, conociendo muy bien cual sea nuestra pobreza, cuales y cuantas sus riquezas, no las escatima, sino que las dispensa con generosa liberalidad; concede Jubileos, Indulgencias plenarias, y permite que cada cual satisfaga con ellas por sus almas, se ponga en buen estado, y, en cierto modo, se haga acreedor de Dios; de manera, que regenerado sin mancha de culpa, sin reato de pena, inmaculado y puro, pueda ir cantando alegre: *Fué roto el lazo, y nosotros quedamos libres* (1).

Mas, de poco sirvió la liberalidad de Jesucristo en dar su sangre á los fieles para que se lavasen; de poco la benignidad de la Iglesia en dispensarles tantas gracias; porque apenas abiertas las llagas del Redentor, se estañaron, y su sangre, humeante é hirviente aún, se

(1) PSALM. CXXIII, 7.

heló. En su nacimiento languideció casi moribunda la fé, por cuyo motivo los hombres se merecieron la amarga reprension que Jacob dió á sus hijos, cuando considerando la extrema miseria que reinaba en la Palestina y la abundante cosecha en Egipto, les echaba en cara su negligencia: *¿Por qué os estais sin hacer ninguna diligencia? Bajad á Egipto, y compradnos lo necesario para que podamos vivir* (1). Del propio modo que se vuelven perezosas las abejas con la abundancia de la miel, tambien los fieles se hallan miserables en medio de los tesoros de las gracias celestiales; próximos á las aguas no lavan sus manchas, ni apagan su sed; á vista del manjar languidecen de hambre, y con el bálsamo en la mano sus llagas permanecen hediondas y podridas. A manera de impetuoso río, que cuanto más se aleja de su cristalino manantial y atraviesa los pantanos, más se enturbia en el fondo cenagoso; léjos de Dios, y olvidados de la redención, sin abrir jamás los ojos para contemplar sus desventuras, revuélcanse los hombres en el lodazal de la iniquidad. En medio de males tan deplorables y de funestas ruínas, ¿quién será el hombre grande y divino, que renovando en sí mismo la pasión del Nazareno, logre reanimar en el corazón de los hombres su inerte sangre, sinó Francisco? Él ve en la Cruz ensangrentada la Inocencia, brotar á torrentes la sangre de sus llagas, derramarse toda sobre las almas y lavar sus manchas; y contempla tambien la ingratitud de los hombres, que no derraman una sola lágrima de compasión sobre aquella sangre. Ve su frialdad é indiferencia en limpiar y embellecer con ella su alma; y ¡oh! qué dolorosos efectos causa en Francisco el Hijo de Dios llagado por amor de los hombres, y la ingratitud de los hombres, que para nada corresponde á su amor! La compasión hácia Jesús Crucificado fué tan ardiente y viva en Francisco, que pudo ser á la vez compasión y pasión. Y la compasión hácia las almas redimidas fué tambien tan ardiente, que hizo que los dolores de Jesús fuesen dolores de Francisco, á fin de que renaciera el Crucificado, primeramente, en la carne del Santo, y luego en las almas redimidas. Sucedió entónces, que en aquella comunicacion de padecimientos, en aquella union de llagas, y en aquella transformacion de los dos crucificados, se vió á Jesucristo crucificado en Francisco, y á Francisco crucificado en Jesús, y comunicados todos los privilegios de la pasión del Redentor á la pasión de Francisco. No quiero que se envanezca el monte Alvernia, y se crea mostrar en su

(1) GEN. XLII, 2.

cumbre un Dios en cruz. Sea del Calvario toda la gloria de sus triunfos y todo el honor de sus trofeos. El Padre aplacado, abatido el Infierno, vencida la muerte, y resucitada la vida, no solo redimidas las almas, sino también lavadas con abundancia, son glorias de solo el divino Redentor, puede decir con razón el Calvario; con todo, el Alvernia puede también añadir algún valor al Calvario, mostrando sus renovadas conquistas en Francisco crucificado. Si Moisés con una varita en la mano movida por virtud divina, pudo separar las aguas del mar Rojo y hacerlo atravesar á pié enjuto á más de dos millones de personas, librándolas de la dura esclavitud de Egipto, ¿no podrá Francisco con su cruz, con sus llagas hacer revivir la redención, arrebatár innumerables almas de la tiranía de Lucífer, y ponerlas en posesión de la eterna patria bienaventurada?

En efecto, amados hermanos, recordad aquella admirable visión que tuvo Francisco en la iglesia de la Porciúncula, después de impresos los sagrados estigmas con que se inflamó de amor, no cesando de implorar con fervorosas súplicas de la misericordia divina la indulgencia ó perdon de los pecados de los hombres. Se le mostró Jesucristo con su gloriosa Madre á la derecha, y concedió á sus méritos aquella plenísima redención, de que podemos todos participar en un día tan señalado. Privilegio tan grande, confirmado por el oráculo infalible de Dios, comprobado por el mismo con tantos prodigios, y altamente alabado por los Sumos Pontífices, fué privilegio de las llagas de Francisco, que merecieron las prerogativas de la pasión de Jesucristo.

Golpeadas por Moisés las rocas en Rafidin y en Cades, no fueron duras, sino obedientes; de sus áridas entrañas, como de manantial de impetuosos ríos, salieron pronto cataratas de agua, que pudo apagar la sed de tres millones de personas con un número inmenso de ganado y de rebaños. En fuentes tan abundantes y estupendas bebió el pueblo: avergonzaronse de su incredulidad los hijos de Israel, se arrepintieron de su inconstancia, alabaron á Dios, y Dios fué reconocido entre ellos por lo que es, por el santo, piadoso, liberalísimo y omnipotente Señor. La piedra golpeada por Moisés fué figura de otra, dice San Pablo, que es Jesucristo, piedra fundamental de la eternidad bienaventurada, la cual herida en cruz en cinco partes, derramó agua y sangre para lavar á la Iglesia su esposa, saciar la abrasadora sed de sus hijos, y con la gracia, que de aquellas llagas hace derramar sobre ellos, consolar las más heroicas ansias de su espíritu. ¡Y con cuánta mayor abundancia hubiéramos

podido apagar la sed en estas aguas, si nuestros pecados no nos hubiesen alejado de esta fuente! Nuestras culpas fueron obstáculo á la sangre del Salvador; y no solo impidieron su curso, sino que secaron su origen. Abiertas de nuevo en Francisco las llagas del Crucificado, como torrente, que arrastra todos aquellos obstáculos que impiden su paso, en venganza de la demora sufrida, se precipita violento sobre los desiertos campos, y la sangre del Salvador volvió á correr con larga abundancia sobre nuestras almas. De aquel pecho herido, como de viva fuente, brotaron las aguas de las santas indulgencias y de la total remisión que inundaron toda la tierra. Venid, pues, los sedientos, y con estas aguas apagad vuestra sed; venid todos los que estais llagados, y ungid con este bálsamo vuestras heridas; venid todos los que estais manchados, y en estas aguas limpiad vuestros pecados.

Entre las demás singulares fiestas que Dios mandó celebrar al pueblo Hebreo, fué la del año solemne del Jubileo, que se renovaba cada siete semanas de años, ó sea cada cincuenta años. Tres eran los privilegios que Dios concedía en este año; el primero, que ningún dueño entrase en su campo, para que la tierra fuese toda de los pobres que nada poseen; y los pobres, pasando como dueños por todas las villas, recogiesen á su albedrío lo que la tierra producía benignamente en aquel año. El segundo, que todo siervo Hebreo quedase libre en el año quincuagésimo de la servidumbre. El tercero, que cada año quincuagésimo de Jubileo, todos los bienes raíces vendidos ó alienados volviesen á sus antiguos dueños. No puede negarse, que no fuese esta una gran providencia, y suave trato de la generosísima misericordia de Dios. Los sagrados Intérpretes reconocen en el año del Jubileo, la figura expresa de aquellas plenas remisiones que nosotros llamamos sagradas indulgencias, con las cuales ¡cuántos pobres, cuántos afligidos quedan consolados! ¡Cuántos, no pudiendo satisfacer sus deudas, Dios entra por fiador de ellos! Y ¡cuántos hijos pródigos, libres de todo lazo de censura, absueltos de toda culpa y de todo reato de pena, pueden volver, si quieren, en posesión de la disipada herencia del reino paterno, y quedar en paz con la divina justicia! La figura es vivísima, singularísimo el privilegio, y abundante el perdon; tales remisiones, empero, no se concedían antiguamente más que cada año quincuagésimo. Antiguísimo es en la Iglesia el uso de tales remisiones; pero, en los pasados siglos no se concedían tanta copia de sagradas indulgencias. Bonifacio VIII ordenó el primer Jubileo cada año centésimo; y cuando Clemente VI

y Sixto IV más generosos, lo redujeron, el primero á cada año quinquagésimo, y el segundo á cada veinticinco años, se creyeron dichosos aquellos fieles, que pudieron gozar de un privilegio tan singular y enriquecerse con un tesoro tan copioso de gracias. Alegrose todo el orbe católico, y se reunió en Roma de todas partes tan gran número de fieles, que en las fiestas de Pentecostés se contaron en ella más de ochocientos mil peregrinos. Pero, ¿cuanto más dichosos somos nosotros, á quienes Dios, por los méritos de Francisco, nos concede todos los años una remision tan plena y tan universal? Indulgencia en que está vinculada toda la misericordia divina, y en la cual se cumple todo el fruto de la redencion, ¿no deberemos pedirla á Dios con suma instancia? Y si una tan grande indulgencia no basta para hacer que nosotros queramos ser salvos, ¡oh Dios mio! cuánta ingratitude y descortesía por nuestra parte, si con tantas remisiones ó indulgencias queremos ser todavía hombres perdidos! Si nuestro corazon no convertido por la piedad de Dios, ni conmovido por la gratitud debida á las llagas de Francisco, persistiese en hacerse sordo á la gracia, mirad á Jesús, mirad á Francisco, y decid: las llagas del uno me rescataron; las llagas del otro me recuerdan á qué precio fui rescatado: ¿seré yo tan insensato, que me obstine en perderme, despues de haber sido dos veces redimido? Mas, de poco sirve que Jesucristo nos muestre el valor de nuestras almas en sus llagas, y en las llagas del crucificado Francisco nos recuerde su redencion, si con el precio en la mano rehusamos librarnos de las cadenas, si con el bálsamo queremos todavía quedar heridos, y con el agua pronta descuidamos lavarnos.

¡Ah, heróico Francisco, llagado por amor del Crucificado, y por compasion de las almas! alcánzanos la gracia de no quedar privados de un fruto tan dulce y saludable, como el que nos ha producido tu cruz! Gratos siempre á la misericordia divina, devotos siempre é imitadores de vuestras penas, si anhelasteis morir por amor del Crucificado, nosotros queremos llevar á la vez vuestra cruz, para morir crucificados en vuestra compañía. Atraed á vos nuestros corazones, inflamados con vuestro amor, á fin de que amando á aquel Dios, que en su cruz decretó nuestra redencion, amemos á vos, que sacasteis de ella tan celestiales beneficios á costa de acerbísimos dolores. Si una vez al año, con tan piadosa é inusitada pompa se abren en tantos templos las puertas del santo Jubileo, se abren porque no cabiendo entre estas angustias las llamas del cielo de Francisco, corre á ensancharse en el corazon de todos los fieles; para que contemplando en

ellos renovados aquellos prodigios de santidad, que fueron siempre la admiracion del Paraiso, se despierte en nosotros la gratitud hácia el santo Patriarca y nos formemos de él un perfecto ejemplar. Y á fin de que correspondamos á tan justos deseos y obtengamos sus resultados, no os baste ¡oh admirable Francisco! habernos enseñado con vuestro ejemplo á amar la cruz; concedednos con vuestro patrocinio que crucificados en ella muramos al pecado, y seamos un día con Jesús y con vos, eternamente dichosos.